



Reflejas
Líricas

Reg. 255

Sigue: R-255-4/21

advinge



4

JAÉN, ENERO 1953

ESCRIBEN:

Felipe Molina Verdejo
Manuel Arquillos
Jesús de Torres Cabezudo
J. de la Torre Ortega
Carmen Bermúdez
Diego Sánchez del Real
Francisco Herrera
Manuel Díaz
José María Benavente
Pedro Quintana
Manuel Porlán
M. Villar Prats

Portada: J. E. Porras

Contraportada: Trinidad Ramos

Correspondencia: Capitán Aranda Baja, 7

La luz del sol es Blanca.

Pero está compuesta de siete colores.

Todos los colores del Arco Iris en

"La Tienda Blanca"

(TEJIDOS - NOVEDADES - PAÑERÍA)

DE

RAMÓN AGUILAR AZAÑÓN

ROLDÁN Y MARÍN, 4 - TELÉFONO 1783

JAÉN



..... Y la vida se nos hizo verso. Toda la vida nuestra conjugándose con los grandes amores, que Dios puso en el corazón de sus criaturas.

La pluma hizo jirones nuestra vida. Cada uno de estos versos que os ofrecemos, es tarazon de nuestro propio ser, en ofrenda de nosotros mismos.

Quizá, buenos; quizá, malos. Pero como somos, así, dándonos a todos los que hicieron con sus manos cuévano amoroso para recibir una vendimia de estrellas...

Al presentaros, amigos, este número, sentimos el apremio de nuestra gratitud para con los que, al llamar a su puerta, nos abrieron el corazón. Vosotros habéis hecho el milagro de que florezcan nuestros rosales

Cada día sentimos más honda la preocupación por corresponder a la generosa acogida que nos han hecho, los que, como nosotros, guardan entre sus mejores afectos, un acendrado amor a esta moderna Advinge-nuestro Jaén de hoy, de ayer y de siempre.

Por eso queremos ir ascendiendo, animosamente, por esta cumbre, hasta lograr hincar en lo más alto nuestro airón.

Queremos que esta revista poética—poética ante todo, aunque, a modo de ensayo, demos cabida en ella a prosas menos líricas—vaya siendo cada vez mejor, como si al ir pasando por vestras manos, tomara de ellas vuestra excelente calidad.

Para esa superación, contamos siempre con vuestra ayuda.

La Oración del Poeta

SEÑOR: Tú que me has dado
esta justa noción de mi destino.

Tú, Señor, que has sembrado
de espinas y de rosas mi camino,
y por sendas de místicas estrellas,
de tus manos prendida,

llevas en pos de tus divinas huellas,
hecha verso mi vida.

Tú, Señor, que me has hecho de cristal,
como búcaro lleno
de una esencia inmortal.

Tú, Señor, que encerraste en mi seno
este fuego sagrado,

y este espíritu mío, como alado,
porque buscando las esencias puras,
se me escapa detrás de tus criaturas;
escuchame, Señor, que blandamente,
humillada mi frente

sobre esta tierra que regó mi llanto,
te llegará mi voz hasta tu Trono,
te subirá mi canto,
como prenda de amor y de abandono.

Con esta dulce paz que me regalas,
ahora. Señor, me tienes sosegado;
mas así que me dejas desarmado,
y abatidas las alas,
me siento atenazado
por un monstruo feroz, que de mí mismo
me parece salir, como de abismo
que se abiera en mi ser. Su zarpa fiera
se me clava en la carne y su infernal
aullido, me dice que me espera
en el Averno, el Principio del Mal.
Yo lo siento, Señor, cuando levanta
su cabeza de áspid, venenosa.

Yo lo siento, Señor, cuando me canta
la música engañosa
con que quiere ganarme el corazón.
¡Yo me he quemado, Señor, en esa llama,
yo sé cómo se llama:
su nombre es Tentación!

¡Ay, Dios! Yo me he sentido
rodar en medio de la noche oscura;
y ciego y poseído
de una horrenda locura,
¡yo me he sentido aborrecer tu Nombre,
nacerme odios en mi pecho, al hombre,
sentirme extraño a todos mis amores,
querer hollar las perfumadas flores,
robarte las estrellas,
y hacerme como Dios en medio de ellas!..
Quizá yo me he sentido,
en mi mísero barro confundido!

Señor, Tú que me has dado,
cuanto pueda tener de noble y bueno.
Tú, Padre Celestial, que me has alzado
una tras otra vez, sobre este cieno,
¡libérame, Señor, de estas cadenas,
de este monstruo feroz, que, de mí mismo,
surge, para arrastrarme hacia el Abismo!
Haz que mis manos, de tus gracias llenas,
siembren de rosas los ásperos caminos
de tantos peregrinos,
de tu divino amor, siempre fecundo.
Haz que mi pobre voz, que quiebra el llanto,
fundida en este canto,
a la par de la luz, recorra el mundo.
Y hazme morir, dejando
hecha verso mi vida,
para que ella acabando,
se quede entre los hombres repartida!

INSOMNIO

**YA no puedo dormir, porque importuna
me ha rozado la luna con su beso,
y ha marcado mi cara con el yeso
frágil de su pudor. ¡Cuanta fortuna**

**sintió mi corazón, tocando una
brisa de luz, donde quedaba impreso
el beso extraño que sentí...! Por eso
he soñado los besos de la luna.**

**Y cuando —amigo— al corazón la pena
le roba el bien que su esperanza oprime
uniéndole al dolor con su cadena,**

**¿sentiste alguna vez que el alma gime
por elevarse hasta esa luna llena
tras del beso de luz que nos redime?.**

Manuel ARQUILLOS

PARA TÍ...

**MI poesía es suave
como un pájaro leve,
que trina silencioso
en un parco crujir
de sedas nuevas,
o un corazón latiendo.**

**No quiere despertarte,
de languido sueño
en que plácida duermes,
o exaltar tu belleza
y mostrarte a las almas
para que te alaben.**

**Mi versos sólo quieren,
besarte para siempre
sin deseos ni ambiciones**

**y después como sombra,
escurrirme en la noche
para velar tu sueño.**

**Más tarde, si despiertas,
serán tus días pasados
recuerdos en la mente
y las horas conmigo
amores de una niña,
...y ya todo se fué**

**Por eso suavemente
quiero acariciarte,
sin ambiciones locas,
ni rudos pensamientos,
sólo como el trinar
de un pájaro lejano,**

Jesús DE TORRES CABEZUDO

Jaén 10 - XI - 52

EL EMIGRANTE

(CUENTO)

ERA una tarde gris. Hacía frío.

El sol luchaba por asomarse tras unas nubes grandes, plumizas. El viento agitaba las ramas secas de los árboles del camino estrecho, empinado, que subía desde el valle a una casita humilde, .

Hacía frío. La tarde era gris.

En el vano oscuro de la puerta fundiose, con amargura, un abrazo.

— Adios, madre.

— Sé bueno, hijo mío.

No hubo más. Un profundo sollozo atenazó las gargantas,

Por un momento, en el horizonte, se perfiló la silueta alta, delgada, que levantaba el brazo en señal de despedida.

Después, el viento siguió agitando las ramas secas de los árboles del camino.

* * *

Han pasado años, años...

Aquel muchacho, que un día partiera soñando, pisó muchas tierras, navegó por muchos mares, trabajó, amó, sufrió... Y un día sintió nostalgia de la aldea perdida entre olivares, del arroyuelo donde llevaba a beber su mansa yunta de vacas rubias, de la viejecita de pelo blanco...

Y otro día, una silueta alta, delgada, se perfiló sobre el horizonte. Abajo, se extendía el valle, con su aldea entre huertas y olivas. Frente, la casita humilde.

Un hombre chico, barbudo, le salió al encuentro. Conversaron un instante. Su mano hizo un gesto vago...

— Allí, dijo y se alejó.

El camposanto del pueblo era pequeño, de bajo tapial oscuro y herboso. Tres negros cipreses, alineados, marcaban un sendero... Verdes flechas sobre nubes grises desgarradas... Una lápida amarillenta en el suelo y una cruz de madera, tosca. Los tallos secos, invernales, de un rosal tejían una corona de espinas en los brazos de la cruz.

La tarde era gris. Hacía frío.

Dos lágrimas redondas cayeron sobre la tumba.

— Adios, madre.

El viento, entre las ramas de los olivos, pareció susurrar:— Sé bueno, hijo mío ..

.....

Al llegar Primavera, sobre la lápida amarillenta, florecieron dos rosas blancas, blancas ..

J. DE LA TORRE ORTEGA

Sentí el sordo crujido...

SENTÍ el sordo crujido,
un partirse de cuerdas de ilusión
y quise antes que las voces murieran
acariciar su gesto y grito de dolor.

Un vacío de fuego agarraba mi garganta
atando su llorar;
mientras, escaparon los últimos murmullos
de mi arpa de cristal.

Abriose la ventana,
aire negro en zarandeo infernal
agitaba furioso la materia,
revolvía insensato su limpio caminar.

Trajo ecos de altura suprema,
me ví pequeña para seguir viviendo,
se juntaban ya los cabos de mi vida
y estaba solamente jamaneciendo!

Voy cayendo muy despacio
hasta tocar lo que es vida
¡habrá allí tantos huesos de sueños,
tanta nota partida!

Carmen BERMÚDEZ

NO FUÉ PRIMAVERA

Y cantaron pájaros creyendo
de vuelta a Primavera.

Y cimbrearonse tiernos
en las ramas del almendro en flor.
Rieron porque el humo hacía piruetas
y las abejas zumbaban
sin encontrar la rosa.

Ese día los pájaros se equivocaron,
lo mismo que tú y que yo
en nuestras vidas.

¡Ay amor perdidol.
¡Ay día de lejana primavera!
¡Ay pájaros despiertos
antes del nuevo día!
Pensasteis como yo,
que el sol era de marzo,
y visteis amor,
en juguetes de hojas muertas.

Diego SÁNCHEZ DEL REAL

EL ÓRGANO DE LA CATEDRAL

A Don Damián Martínez

***SOBRE la puerta que conduce al coro
del templo en que las piedras son canciones
dos querubines muestran su tesoro
de ternura; que místicas legiones
nos expresan en un himno sonoro
cuando los limpios, temblorosos sonos
del órgano, glorían en la Misa
el santo pie que a la serpiente pisa.***

***Y en la bóveda esbelta, donde vibran
las bellas, encontradas melodías,
laten manos ocultas, que equilibran
de la piedra y la voz las armonías.
Y las serenas fuerzas que nos libran
de perder la eternas alegrías,
con su música siembran en el alma
laurel del cielo y del Señor la calma.***

Francisco HERRERA

A S Í

LASITUD...

***Dejar que el tiempo nos envuelva
y pase.***

***Un vacío en nuestra mente;
ensanchada el alma,
perdido el corazón en sus latidos.***

***No sentir el calor que sofoca,
ni el frío que congela.***

***Desplomado el cuerpo,
las manos flácidas,
el pensamiento...***

***como un nidal de ideas sin retorno
perdido en el espacio.***

Manuel DÍAZ

«La Celestina» de Rojas

HE leído tres veces la tragicomedia de Calisto y Melibea. La primera fué un pecado de mi inquieta adolescencia, pecado del que ya estoy absuelto. La segunda lectura, en mi juventud y por curiosidad ante el tema del amor. La tercera, en mi época de opositor a cátedras. Cada una de estas lecturas ha dejado en mi ánimo una impresión distinta. Recuerdo que de la primera lectura reaccioné contando los muertos; la segunda, dejó en mi alma la penosa impresión que produce siempre contemplar el triunfo de la muerte sobre el amor. Al leer por última vez «La Celestina» recuerdo que sobre poco más o menos pensé lo siguiente:

El amor entra en Calisto por los ojos, en Melibea por los oídos; en él, es hijo del instinto; en ella, de la reflexión. — Veamos. — Calisto entra en el huerto de Melibea tras un halcón perdido, y en el huerto joh contraste con la espesura del monte que él acaba de dejar! halla a Melibea. Es una suave aparición; sus ojos la contemplan a la luz velada de la fronda, y la naturaleza toda es apetecible, como un remanso de paz. Calisto contempla a Melibea deleitándose no solamente con la hermosura de su rostro sino adivinando encantos en lo que está vedado a la contemplación.

Melibea rechaza, en este primer encuentro, a Calisto, y no hallan eco en sus oídos las palabras que él vierte. Melibea ha presentido cómo es deseada, y mujer al fin, se muestra esquiva y desdenosa ante el apetito que sus gracias despiertan, ante el deseo que su contemplación enciende. Ella, pudorosa y virginal, no sabe aún que al deseo se llega tras un corto camino de amor.

La ausencia aviva la llama del deseo en Calisto. En Melibea las pasiones están dormidas.

Ya el griego Hesiodo había dicho que «contra el mal de amores no existen medicinas», pero Calisto, renacentista al fin, no ignora que para el mal de amores hay «un remedio de amor»; el clásico Ovidio entronca aquí con la Celestina. El Panfilus, su antecedente. Y Celestina trae el remedio de amor que Calisto precisa. Y esa mujer, genio del mal, hace con sus palabras precisas, sutiles, tendenciosas, más mella en el corazón de Melibea que la presencia del mismo Calisto. Melibea duda, rechaza, reflexiona, es la duda entre el mal y el bien. Y en esa lucha, ella solo quiere hacer pequeñas concesiones, encubiertas como obra piadosa. Estas concesio-

nes son un anticipo del remedio de amor. La segunda vez que habla con Celestina, es la de su derrota. El genio del mal lleva a Calisto la esperanza de una entrevista. ¡Pobre Melibea, qué corto es tu camino de amor hacia el deseo!

Celestina sabe que es llegada la hora de cobrar sus buenos servicios. Generosamente paga Calisto, no solo el deleite sino la rapidez con que este ha sido logrado. Parmemo y Sempronio disputan con ella a la hora de repartir los ganancias, y Celestina muere asesinada por sus cómplices y éstos a mano de la justicia.

Amor ya es deseo. Calisto penetra furtivamente en el jardín de Melibea y ella le entrega su más preciada flor.

La comedia empieza a ser tragedia. La acción se precipita. Calisto avergonzado por la conducta de sus criados, y tal vez por la suya respecto a Melibea, anda huido y receloso. Una cita de amor es interrumpida por ruido de rufianes, y Calisto temeroso por la vida de sus criados, y para evitar nuevos escándalos sobre su hidalga casa, salta precipitadamente de los brazos de amor a los del deber. La transición es tan brusca que encuentra la muerte. La *anake* de los griegos, la fatalidad superior a las fuerzas divinas y humanas de los paganos, ha guiado sus pasos. Reminiscencias clásicas cortan su vida en flor....

En la hipótesis de un supuesto desenlace venturoso a los deseos de amor de Calisto y Melibea, la tragedia no se hubiera producido aún a pesar de las muertes de Sempronio, Parmemo y Celestina. La obra en sí sería un drama reflejando el triunfo de la justicia sobre los delitos humanos. Pero es tragedia y no vulgar, sino honda, profunda, con raíces clásicas por esa fatalidad o *anake* que rige todos los pasos de los desgraciados amantes, porque no hay mayor tragedia para los que se aman que contemplar el triunfo de la muerte sobre su amor. Y solo entonces, ante el cadáver de Calisto que aún conserva el calor tibio de las caricias y besos de la amada, es cuando se adivina la tragedia; tragedia que sin haberse consumado en su totalidad, penetra en el ánimo del lector, que adivina y presiente que nada es remediable ya, y que todo lo que ha de suceder aún, es solo accesorio y complementario. Por eso, el sacrificio de Melibea, la confesión de su culpa, el llanto de Pleberio sobre el cadáver de su hija son como el coro de la tragedia griega, sentimiento de la colectividad, hojas en fin de una corona que la fatalidad teje para la pareja de amantes. Corona que tiene su origen en los infinitos sufrimientos humanos.

José María BENAVENTE

Catedrático de Literatura del Instituto de Jaén

Llorar

AHORA, ¡atrévete, llanto! Ahora, llanto. ¡Ahora!

Estamos solos ¡Ahora!

Porque hoy la noche busca,

sin hallarla, a la aurora;

por los poetas muertos;

por las líras rotas;

por el aire sin besos;

por la última alondra;

por morir sin amar...

Porque la pena sea música

plantada en una roca;

por las estrellas del cielo;

por el alma remota;

por los muertos de amor;

por la fragancia de las rosas;

por mi destrozada vida,

ahora lloro. ¡Ahora!

Pedro QUINTANA

NOCTURNO

SE pone el sol

detrás de las montañas de occidente,

el mar se aquieta,

surge la luna que ilumina el mundo,

los murmullos del campo son más lentos,

más apagados,

más íntimos.

Desde el balcón de mi aposento oscuro

miro a la noche, que es mi confidente,

y aunque la luz ha tiempo que se ha ido,

la claridad ilumina mi alma.

Yo gozo con la noche,

con el sopor del sosegado campo,

con la paz y el silencio...

El alma, estremecida,

estrella que se oculta en la impureza

del soñoliento cuerpo,

vuela hacia Dios más libre,

más segura.

¡Bendita calma!

Manuel PORLÁN

ANDRÉS SEGOVIA

UNA jornada del más alto rango artístico constituyó el concierto de Andrés Segovia en el Darymelia. Nunca había Jaén gozado de una sesión musical de categoría semejante a la que, el primer día de Pascua, se celebró en nuestra capital.

Y es que Andrés Segovia es hoy por hoy el máximo representante artístico de nuestra Patria. Autodidacto, ha creado un estilo propio; siguiendo exclusivamente los impulsos de su enorme temperamento artístico. El, le ha dado a la guitarra un valor e interés musical que nunca había tenido. Su arte ha sabido calar en los más hondo del corazón de todos aquellos que han tenido la dicha de escucharle. Su arte tiene la virtud, esa gran virtud, de cautivar tanto al entendido como al profano, porque junto a la técnica y el dominio está la emotividad y la sencillez, cualidades que en grado sumo posee este instrumento tan español; indescriptible es la sensación que se siente ante la magia que parece desprenderse de su guitarra.

Parece imposible que de un instrumento tan sencillo y tan escaso de recursos se puedan obtener matices tan sublimes y variados. Aquí, a nuestro entender, es donde cobra aún mas valor el arte de Segovia; la guitarra no tiene mecanismo alguno, es el artista el que fundiéndose con su instrumento modula esa música maravillosa que emociona, que subyuga. Quizás alguno argumente la mayor sencillez del violín; que mientras la guitarra tiene seis cuerdas, en el violín sólo encontramos cuatro. De acuerdo, pero hemos de tener en cuenta que un concierto de violín solo es posible con un piano que acompañe. La guitarra sólo requiere el artista que la tome en sus manos.

¡Que gran sensibilidad se necesita para tocar la guitarra! Y esa sensibilidad la tiene Segovia; ese gusto exquisito, exclusivo de los grandes artistas, lo posee Segovia. Si a esa sensibilidad, unimos su limpia ejecución, su completo dominio del instrumento, la técnica perfecta y su portentosa memoria, nos encontramos en Segovia al artista consumado que ya no puede aprender nada porque todo lo sabe y todo lo ha recorrido; al artista que se encuentra en el más alto pináculo de su carrera; al genio.

Andrés Segovia no toca la guitarra, la acaricia.

Y esa es su música; una caricia que nos envía y nos deja extasiados viendo el pausado rasguear y escuchando el melodioso sonido de su mágico instrumento. ¡Cómo llega al alma la música que ejecuta Segovia! Aun parecen resonar en nuestros oídos los bellísimos compases del Andante y Allegro de Shorn, del Menuet de Haydn o de la Fantasía de Albeniz.

La música, dentro de ser espiritual, parece mas humana; allí no están ni el metal, ni el viento, ni el pedal, el mecanismo, allí sólo están los dedos del hombre y tras éstos el alma exquisita del artista.

Manuel VILLAR PRATS

C R I B A

Libras

PASTORES DEL LIBANO.—Vicente Martos Ollero.—Jaén.

En términos generales, nos ha parecido excelente esta narración escenificada de Martos Ollero. Descubrimos en este autor muchas de las difíciles facultades que hacen al escritor perfecto. En esta obrita, orlada tan bellamente por Jesús Rodríguez, ha sabido dar a los diálogos la sencilla grandeza de las cosas que tratan: cuya majestuosidad es natural a los paisajes sirios. Esto quiere decir que el autor se ha preocupado de conseguir una perfecta ambientación geográfica, natural y religiosa.

Como en toda obra, por grande que sea, se notan influencias ajenas: los diálogos recuerdan a veces a ciertos momentos de las tragedias shakesperianas; y las indecisiones siguen el cauce de nuestros autos sacramentales. Pero como Martos Ollero demuestra personal empuje para revestir de originalidad los bellísimos—mil veces descritos—momentos del Nacimiento del Hijo de Dios, esperamos leer nuevas obras de su prometedora pluma, para gloria de las letras giennenses.

POESIA.—de José Gámez Invernón.—Madrid.

Nos envía Gámez Invernón un buen libro de poesías, generalmente de tipo amoroso, y en el que domina a la perfección la técnica del verso: ritmo y rima.

Las composiciones están bastante sentidas e inspiradas. Y para ser el

primer libro del autor, las hay desde luego bien conseguidas, aunque en algunas se abusa demasiado de cierta crudeza garcilorquista.

Destacan las poesías becquerianas, y «Pastira jaenera», «Canto a España», y la sencillez y dulzura de «Tengo que hacerte un rosario». Los sonetos insertados, bien contruidos y con soltura.

Con este libro, vemos con satisfacción cómo quedan aún poetas que no se olvidan de los principios tradicionales que tanto están haciendo falta en las corrientes modernas. Y esto, aparte de lo anteriormente citado, es lo que más merece de loable este libro de POESIA.

Noticias

Recientemente se ha constituido la directiva del Grupo Literario «Advinge» de la siguiente forma: Presidente, Felipe Molina Verdejo; secretaria, Carmen Bermúdez; consejero económico, José Garrido Ruiz; administrador, Gaspar Duro Ortega; contador, Juan Santa Bárbara Cobo; radiodifusión, Jesús de Torres Cabezudo; arte, Trinidad Ramos.

* * *

También quedó establecido el órgano rector de esta Revista con los siguientes nombramientos: Director, Diego Sánchez del Real; redactor-jefe y secretario de redacción, Juan de Dios de la Torre Ortega; y vocales. Eloy Ramírez Cantero, Manuel Arquillos, Juan Gómez Millán, Rosario Millán, Manuel Porlán y Manuel Villar Prats.

* * *

En una de las tertulias últimamente celebradas por el grupo «Advinge» le fué ofrecido un homenaje a Francisco Herrera y a Juan Cecilio Porras, componentes del mismo, que se ausentan de Jaén, destinados a la Capital de España,

MANUEL MARIA MONTERO MOYA

CONSTITUYÓ, con Almendros Aguilar y con Moreno Castelló, aquella terna gloriosa en torno a la cual giró un esplendoroso pasado de nuestras letras.

Nació en Andújar en 1826 y murió en Jaén el año 14 de la actual centuria. Fué maestro de Instrucción Pública y diputado a Cortes.

¡Gran escritor, gran poeta de fama nacional, fué don Manuel!

«ADVINGE», que enlaza a su juvenil movimiento todo lo que de excelso tiene la lírica española recoge hoy estos versos del Maestro inolvidable. No son de lo mejor que produjo su poderoso numen, pero sí de lo que hemos hallado de su tan inmensa como dispersa obra poética.

Montero Moya, patriarca de las letras giennenses, ¡no puede morir en nuestro recuerdo!

¡ L U X !

Yo bajo a los abismos, yo subo a las estrellas,
y astros, abismos, todo, se rinde a mi poder;
de mi potente efluvio las vividas centellas
suben hasta la Gloria, bajan hasta el no ser.

Yo dentro de mí mismo tengo el dolor que mata,
la dicha que enloquece y ensancha el corazón,
los lutos de la muerte que el lazo vil desata,
las galas con que viste sus sueños la ilusión.

Yo creo los palacios en que el magnate vive,
las chozas en que el pobre cubre su desnudez;
por mí, en añeja historia, la fama sobrevive
de quien ganó en el mundo lauros, honor y prez.

Yo soy quien ha creado las ciencias y las artes;
yo soy el que dirige la pluma y el buril,
yo soy el que domino, llevando a todas partes
la oliva generosa o el matador fusil.

Al capitán del siglo, conquistador del mundo,
dile yo laureles con que su sien ciñó;
con él triunfé yo en Jena; proscrito y vagabundo
le acompañé, sombrío, después de Waterlóo.

Yo levanté en Egipto los túmulos gigantes,
reliquias de otros tiempos, del mundo admiración;
yo erguí de San Lorenzo las bóvedas atlantes,
de testas coronadas soberbio panteón.

De Shakespeare y de Byron la inspiración valiente
en mí tuvo su origen, mi impulso la movió;
del César la arrogante fiereza, prepotente,
sin mí no hubiera sido; por mí llegó y venció.

Yo cruzo de los mares la inmensurable anchura;
yo llevo a otras regiones o paz, o guerra, o luz;
y aunque desciendo recto de la Suprema altura,
aquel INRI burlesco yo lo grabé en la Cruz.

Venid, y que yo os nutra; venid que yo os alumbre
a los que en nobles ansias vais de la Gloria en pos.

Yo en vuestra altiva frente, yo encenderé la lumbre;

Yo soy EL PENSAMIENTO, la inspiración de Dios.

Agosto, 1902

Manuel M^a MONTERO MOYA †)





ADSCRITA AL INSTITUTO DE ESTUDIOS GIENNENSES
